

Recientemente recibí tres cartas escritas a mano, de los niños que se están preparando para recibir los sacramentos de Bautismo, Confirmación y de la Eucaristía en esta Pascua que viene. Uno de ellos decía:

*Padre Secora,*

*Quiero ser bautizado para ser bendecido, y liberarme de mis pecados.*

*También quiero hacer la Confirmación y poder ir a la Primera Comunión, de modo que pueda ser más como Jesús.*

Concluimos nuestra celebración de Navidad este fin de semana cuando conmemoramos el "Bautismo de Jesús". El bautismo de Jesús marca el final de su "vida oculta" en Belén y Nazaret, y se inaugura su ministerio público. En su bautismo, Jesús, como lo acabamos de escuchar en el Evangelio de hoy, conoció su vocación tanto de ser el Hijo de Dios y como de ser el portador del Reino prometido en la voz oída desde el cielo diciendo: "Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias". En esta Navidad reflexionamos en las palabras del Papa Francisco cuando describió su llamado vocacional: "Los llamo a ustedes por su nombre. Te elegí a ti. Lo único que les pido a ustedes es que se dejen amar". El mismo mensaje, la misma misión.

En este Septiembre pasado, durante la Audiencia General de los Miércoles, en la Plaza de San Pedro, el Papa Francisco preguntó a los presentes si se acordaban de la fecha de su bautismo. ¿Cuántos de nosotros sabemos cual es la fecha? Para nosotros 'el bautismo', al igual que el Papa Francisco, y sobre todo en la conmemoración de hoy día 'del bautismo de Jesús', marca un evento importante en nuestras vidas. Lejos de ser algún tipo de ceremonia cristiana cultural o eclesial piadosa, el bautismo definitivamente no es una forma de "protección espiritual" de un Dios airado que nos podría excluir de la vida divina si llegáramos a morir sin él. Como el joven que me escribió y que lo puso tan bien, bautismo nos agracia sobre nosotros la vida de Jesús, haciéndonos hijos e hijas de Dios, llevándonos hacia la propia íntima relación que tiene Jesús con el Padre, con su consiguiente regalo del perdón del pecado original, (y en el caso de aquellos que pueden distinguir el bien del mal) de todos o cualquiera de los pecados personales cometidos. El Sacramento de la Confirmación sella y hace permanente la llamada de Dios a nosotros por nuestro nombre y la elección de nosotros. La Sagrada Eucaristía celebra esta relación de la Santa Comunión y continuamente se profundiza y se renueva.

Al igual que el bautismo de Jesús, el bautismo de nosotros no es primariamente, ni mucho menos, para nuestra salvación personal privada. El bautismo es dirigido hacia una misión, como el Papa Francisco, las Escrituras y el *Catecismo de la Iglesia Católica* nos lo dan a conocer a nosotros. Conformados a Cristo, como Jesús, somos "comisionados" de llevar el Evangelio al mundo: el mundo de nuestra familia, de nuestra parroquia, de nuestra escuela, de nuestra comunidad y de la sociedad en general.

La primera Lectura de hoy, que viene de la primera parte de los llamados "Cánticos del Siervo" del conocido escritor del 'Segundo Isaías', describe la misión del ungido de Dios en relación con la curación, la misericordia y el establecimiento de la justicia. En la convocatoria del Segundo Concilio del Vaticano, el beato Papa Juan XXIII, en su discurso de apertura desafió a los Padres Conciliares de incorporarse a una Iglesia que "aplica la medicina de la misericordia en lugar de la condenación". En el documento "La Alegría del Evangelio", el Papa Francisco retoma este mismo tema: "Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia que está enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades.... Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. (Mc 6:37)" (# 49 - "La alegría del Evangelio" ["*Evangelii Gaudium*"] ).

Anteriormente, en este mismo documento, el Santo Padre afirma: "La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes ..... Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, todos pueden integrar la comunidad, y tampoco las puertas de los sacramentos deberían cerrarse por una razón cualquiera. Esto vale sobre todo cuando se trata de ese sacramento que es «la puerta», el Bautismo. La Eucaristía, si bien constituye la plenitud de la vida sacramental, no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles... Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas". (# 47 - "La alegría del Evangelio" ["*Evangelii Gaudium*"] )

¿Cómo cada uno de nosotros, hoy día, están viviendo el de haber sido elegidos por nombre por Dios a través de nuestro bautismo, confirmación y la Eucaristía, y ser más "como Jesús?"

Padre Jim Secora